

JUAN ATILIO BRAMUGLIA. *BAJO LA SOMBRA DEL LÍDER. LA SEGUNDA LÍNEA DEL LIDERAZGO PERONISTA*, DE RAANAN REIN
(Editorial Lumiere, Buenos Aires, 2006)

Comentarios al libro

Marcela García Sebastiani
(*Universidad Complutense de Madrid, España*)

Los resultados de las más recientes y elaboradas investigaciones del profesor R. Raanan Rein, de la Universidad de Tel Aviv, completan sus trabajos previos y parciales sobre los líderes políticos de la segunda línea de poder del histórico peronismo argentino¹. En esta ocasión despliega su análisis en torno a la actividad política de Atilio Bramuglia, un bonaerense hijo de inmigrantes italianos anarquistas, abogado laborista de profesión y un otrora socialista que había asesorado a gremios y sindicatos en las décadas veinte y treinta pero que acabó incorporándose al movimiento político que llevó al poder al general Perón tras las elecciones de febrero de 1946. Bramuglia ofreció al peronismo experiencia, ideas, sus vínculos con el mundo político y sindical, y el desafío al liderazgo de Perón en diferentes circunstancias. Primero, al desempeñarse como ministro de Relaciones Exteriores y Culto de un gobierno que debía acomodarse a los nuevos escenarios y problemas de la segunda posguerra. Más tarde, al tratar de hacer una carrera política propia e independiente, dirigiendo y queriendo moldear un partido tras la caída del peronismo y en la sombra de un líder en el exilio.

El trabajo de Rein confirma una vez más el acierto de explorar al peronismo histórico como un hecho político complejo, de composición heterogénea y multiclasiista, con una concepción del mundo ecléctica, y con diferentes fases y matices. Esta es una premisa idónea para contrastar las lecturas desfasadas que hacen de él un régimen monolítico y sin fisuras. Como fondo, su

¹ Raan Rein, *Preparando el camino para el peronismo: Juan A. Bramuglia como interventor federal de la provincia de Buenos Aires*, en R. Rein y R. Sitman, *El primer peronismo. De regreso a los comienzos*. Buenos Aires, 2005, págs. 153-182. También, R. Rein, *Peronismo, populismo y política: Argentina 1943-1955*, Ed. Belgrano, Buenos Aires, 1998.

relato es un ejercicio nostálgico acerca de las “oportunidades perdidas” de un líder de segunda línea con una visión política que no llegaron a consumarse. En definitiva, el fracaso del peronismo de convertirse en un partido político reformista y con rasgos socialdemócratas que hubiese contribuido al fortalecimiento y a la estabilización del sistema político argentino, y evitar así su decantación en un populismo autoritario. En ese sentido, el libro invita a adentrarse a un pasado incierto, impredecible; a la incertidumbre de un futuro no conocido que depende en última instancia de las decisiones tomadas por los protagonistas de cada coyuntura. Sin embargo, no tiene el propósito de ofrecer un análisis contrafactual ya que desestima poner las diferentes posibilidades en juego en cada momento y la influencia de cada una de ellas en el resultado final.

El enfoque de análisis está a medio camino de la prosopografía y la biografía; en ese espacio flexible en el que se cruzan trayectorias personales y acontecimientos con direcciones múltiples y que permite conectar tiempos, ideas, individuos y colectivos. Porque el libro es efectivamente una biografía política de Atilio Bramuglia pero a la vez una mirada que trasciende al individuo estudiado y proporciona elementos para el análisis de un grupo de personas que conformaron la segunda línea peronista. La investigación en torno a un personaje sirve, por tanto, para examinar aspectos poco conocidos del peronismo en la carrera hacia el poder, en su control y finalmente fuera de él. Y se despliega, además y según las coyunturas y acontecimientos analizados, enmarcando las diferentes etapas tanto en los escenarios de confrontación política nacional como de definición de destrezas y prioridades para una política exterior argentina en el contexto internacional polarizado por la Guerra Fría. El logro se sustenta en una buena narración en la que se ajustan tres pilares sobre los que trabaja Rein: el conocimiento de los límites de la historiografía sobre el peronismo, el saber de los derroteros de la historia argentina y mundial en las tres décadas en que se desarrolla el análisis y, finalmente, el examen del acervo documental sobre Atilio Bramuglia conservados en la Hoover Institution de Stanford University. La investigación es minuciosa y contrastada. En su conjunto, hace del personaje estudiado el eje para argumentar la hipótesis de trabajo del autor. A saber, que el éxito del proyecto reformador a Perón fue imposible sin la función mediadora de personalidades provenientes de diversos sectores sociales y políticos que contribuyeron a movilizar el apoyo social al líder, a estructurar el liderazgo y a modelar la doctrina peronista pero que acabaron siendo innecesarias para un populismo autoritario.

El reto de conocer e interpretar el desempeño de los “intermediarios” en la configuración del peronismo histórico deja a un lado las interpretaciones derivadas del lazo directo entre el líder y las masas como uno de los rasgos

más sobresalientes de todo movimiento populista. Rein sostiene que el carisma es el resultado de un proceso social interactivo y que la seducción de un líder se activa y se traduce en votos por el papel jugado por unos intermediarios que le ayudaron previamente a acumular poder y prestigio. Vistas las cosas desde esa perspectiva, la segunda línea del liderazgo peronista ofrece alternativas a una historiografía demasiado centrada en las figuras de Perón y su compañera a la hora de abordar las razones de la movilización y participación de las masas en la vida política como no había ocurrido antes en la Argentina. A su vez, la indagación sobre el desempeño en el poder de los protagonistas de la segunda línea de liderazgo pone al descubierto las luchas internas dentro del Estado peronista, la elaboración de políticas distintas y desiguales, y el aporte ideológico para coaliciones inestables.

Sin un partido político propio, la función de los intermediarios fue clave para conformar la coalición multiclassista que pretendía Perón y para la cual buscó apoyos entre grupos del ejército, la iglesia, los sindicatos, los sectores populares y las clases medias; pero que no logró construir hasta que se hizo con el poder. El capítulo segundo de esta biografía política sobre Atilio Bramuglia demuestra justamente cómo el asesor laborista para el gremio ferroviario se convirtió en uno de los principales artífices del éxito peronista entre las clases trabajadoras, aunque años más tarde y una vez en el gobierno tuviese que pagar por ello un alto precio político. Y es que Bramuglia, hombre instruido y al parecer talentoso pero sin el carisma de un líder de masas, desempeñó funciones en las organizaciones que es imposible desatender a la hora de interpretar el apoyo popular a Perón: el Partido Socialista, el sindicato de la Unión Ferroviaria, la Secretaría de Trabajo y Previsión y el gobierno de la provincia de Buenos Aires.

La migración de dirigentes del Partido Socialista al proyecto peronista fue consecuencia de las dificultades para los jóvenes de un partido moderno -y con base social en el medio urbano en expansión y en el mundo sindical- para acceder a cargos políticos reservados a un pequeño número de dirigentes. Lo demuestra el caso del propio Bramuglia y de Ángel Borlenghi, éste último, ministro del Interior hasta que en 1952 fue declarada persona no grata en el gobierno peronista. La incorporación al peronismo de los jóvenes cuadros del Partido Socialista se tradujo más tarde en votos hacia una nueva fuerza política en formación y en la influencia ideológica a un movimiento político proclive a añadir ideas y conceptos de la tradicional izquierda argentina a un programa de gobierno y a una retórica de apelación hacia distintos sectores sociales. Desde su puesto como director general de Previsión de la Secretaría de Trabajo y Previsión, creada en 1943 como una dependencia de la presidencia del gobierno, Bramuglia contribuyó a la modernización del Estado argentino. Él y el español José de Figuerola -un antiguo colaborador del

régimen de Primo de Rivera—hicieron de aquella institución un laboratorio de legislación social que fortaleció la intervención del Estado en las relaciones laborales y retribuyó la lealtad de los sindicatos haciéndolos beneficiarios de derechos que reclamaban desde hacía años: personería gremial, aumento de salarios, creación de cajas de jubilaciones, préstamos a bajo interés, planes de construcción de viviendas y de alquileres baratos. Como interventor de la provincia de Buenos Aires, las más importante en términos electorales, trabajó con el fin de consolidar el apoyo de los sectores populares y a buscarlo entre unas clases medias que solían votar al radicalismo pero a las que les podía prometer puestos a cubrir si prosperaban los planes de una administración pública más grande y moderna. Ocupando ese cargo fue, por vez primera, víctima política de la presión por el ascenso de Perón. Y, conforme a la información suministrada por Rein, su posición favorable a rentabilizar políticamente la crisis castrense de octubre de octubre de 1945 renovó viejos resentimientos con Eva Perón que emergerían tiempo después.

El último tramo de Bramuglia como “intermediario” entre el líder y las masas a favor de la conformación de un movimiento político con garantías de respaldo electoral, estuvo relacionado con su papel como coordinador de las fuerzas políticas y de las organizaciones que apoyaban la candidatura de Perón. Rein relata cómo el ajuste de las candidaturas para los puestos electorales más importantes para las elecciones de 1946 advirtió a un líder más consolidado que en los meses previos, la potencialidad política de Bramuglia que convenía contener antes que tenerlo en la sombra del poder. Y es que, si bien el trabajo de Rein destaca el papel de los intermediarios en la conformación del peronismo, y especialmente de su personaje estudiado, no puede sortear tan fácilmente al personalismo de Perón como una consecuencia casi inevitable de la trayectoria de un amplio conglomerado político formado en poco tiempo y a partir de fuerzas muy heterogéneas. De hecho, el principio del fin de la intermediación rentable de Bramuglia se produjo cuando éste contribuyó a la liquidación del Partido Laborista tras el triunfo peronista y por lo que más tarde se arrepentiría. El precio de la lealtad y los costes de la subordinación de una fuerza política en construcción con un amplio apoyo entre las clases trabajadoras aflorarían aún después de la caída del peronismo en 1955. El laborismo subsistiría a su fracaso político en los orígenes del peronismo. Sabido es que tras la experiencia peronista, los sectores populares difícilmente se identificaron con el radicalismo, que se intentó reconstruir un partido con el líder en el exilio y que, finalmente, las desilusiones de la “vieja guardia sindical” estarían en un futuro en la sombra del propio Perón.

Para ocupar una segunda línea de poder dentro del peronismo y desgastar sus posibilidades de crear una base de apoyo independiente al líder, Bramuglia fue compensado con un ministerio, el de Relaciones Exteriores y Cul-

to; un cargo que exigía mucha dedicación dado que había que recolocar a Argentina en medio de un panorama internacional marcado por el final de la Segunda Guerra Mundial. En el capítulo tercero, Rein señala los hitos más sobresalientes en los tres años de la gestión pública de su biografiado para un gobierno peronista y pone a prueba el sentido de la política exterior argentina para aquellos tiempos, conocida como la “Tercera Posición”. Sin experiencia internacional, el desafío de Bramuglia era recomponer la imagen argentina ante los Estados Unidos para concretar los planes peronistas de industrialización y modernización. A pesar de generar simpatías entre los interlocutores de Washington como un canciller con un perfil democrático, antifascista y anticomunista, el contexto no era fácil. Por un lado, la segunda posguerra había degenerado las relaciones triangulares entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Argentina que habían beneficiado históricamente a todos. Además, los productos argentinos habían quedado excluidos del Plan Marshall para reconstruir Europa. Por otro, el propio Perón desafiaba simbólicamente la búsqueda política de reconciliación con los Estados Unidos al apoyar a la España de Franco y al hacer poco por formar un equipo homogéneo de cara a la definición de las posiciones argentinas en política exterior.

Rein ilustra los logros de Bramuglia como canciller. Entre ellos, su mediación en la crisis de Berlín de 1948 mientras se desempeñaba como presidente del Consejo de Seguridad de la ONU. El entendimiento conseguido le valió el reconocimiento en los círculos diplomáticos de Washington y Londres. También, Rein analiza los costes políticos de su meritoria gestión que derivaron en el eclipse de su carrera como un líder de la segunda línea peronista. A mediados de 1949 abandonó su cargo y fue, por segunda vez, víctima política del personalismo peronista. Quienes habían sido intermediarios en la gestación del peronismo embrionario ya no eran necesarios, un patrón de conducta común de regímenes políticos que acentúan los rasgos autoritarios. Del entorno presidencial fueron apartados, además de Bramuglia, Domingo Mercante y José de Figuerola. Por entonces, había acabado la empresa difícil de unificar todos los apoyos políticos en una sola organización partidaria intervenida y dividida en diferentes ramas, el Partido Peronista. Y Eva Perón, como primera dama, obtuvo un cargo oficial con peso en las decisiones y en la composición de un gabinete encabezado por su marido. Los antiguos desencuentros entre Eva y Bramuglia se profundizaron al punto de desplazar a este último del gobierno. Poco pudo hacer el otrora intermediario convertido en un dirigente de segunda línea en evitar que el movimiento populista reformador que él había contribuido a formar se convirtiera en autoritario. Si bien generaron dificultades a Perón, de poco sirvieron los planes de Bramuglia de incitar el descontento entre los trabajadores ferroviarios y sus

puntuales gestos de acercamiento al líder en los años posteriores a su desplazamiento del poder.

Los últimos capítulos del libro de Rein señalan las dificultades de Bramuglia en reconvertirse en un intermediario entre el líder distanciado geográficamente y sus seguidores como principal capital político. Sabido es que desde el derrocamiento de Perón en 1955, los problemas del peronismo estuvieron relacionados con la necesidad de recuperar legitimidad política, de ser reconocido como un actor político para reinsertarse en el sistema político argentino. En ese sinuoso camino, diversas personalidades que habían formado parte del peronismo intentaron lanzar una carrera propia e independiente, pero todas fracasaron. Entre ellos, Atilio Bramuglia. Rein reconstruye las marchas y contramarchas de su biografiado en el intento de institucionalizar el peronismo sin Perón, en remodelar la identidad peronista y, en definitiva, en destrabar la antinomia peronismo/antiperonismo que había hecho imposible el juego político en la Argentina durante los años de la Revolución Libertadora y del gobierno de Arturo Frondizi.

La apuesta política de Bramuglia, hasta su muerte en 1962, fue la Unión Popular como una organización política alternativa al peronismo sin Perón, pensada a semejanza del laborismo inglés, y con una plataforma programática que podía resultar atractiva para los sectores peronistas y no peronistas. La investigación de Rein confirma que la Unión Popular adolecía de debilidad institucional, tenía dificultades de consolidarse como un partido con un aparato burocrático central, le costaba conseguir financiación y tampoco gozaba del suficiente apoyo popular. Las razones últimas de su fracaso no fueron otras que los obstáculos puestos por Perón a los dirigentes que, en la búsqueda de capital electoral, amenazaban su liderazgo. Y es que ni Perón ni todos los peronistas entendían lo mismo a la hora de aceptar el juego democrático. Pero también, como señala Rein, entre las explicaciones del fracaso del partido neoperonista estaban las desconfianzas de la clase política argentina para que un partido se pronunciara a favor de unas reformas sociales que hacía ver al populismo reformista como la antesala de un socialismo revolucionario. Paradójicamente, la negación de las posibilidades de un peronismo sin Perón acabaría consolidando el liderazgo la distancia, agravando la agonía del sistema político argentino y erosionando las posibilidades de alternativas políticas que fenecieron en el empeño. Al final de un camino de acciones útiles para un fin pero de una lealtad no incondicional, quedan los símbolos que a veces hay que saber leer. Rein concluye su libro con las ausencias y presencias en el acto fúnebre de Bramuglia, entre ellas una corona de flores de Perón.

Con todo, la investigación de Rein es una importante contribución para revisar una vez más los orígenes, la heterogeneidad del peronismo y las alter-

nativas inconclusas que pudieron haber alterado el curso de la historia política argentina del siglo XX. La propuesta de explorar a los intermediarios como la segunda línea del poder peronista es, sin duda, una buena vía para seguir adentrándose tanto en los entramados de la formación del movimiento y de su estructuración como fuerza política como en las luchas internas dentro del Estado peronista. La perspectiva biográfica que guía el relato es una acertada ruta de indagación y de análisis para conocer mejor los derroteros del pasado político argentino.